

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Pepita Sánchez Caballero, 65

Anaïs Siscar i Carrió, 18

COMO LAS ESTRELLAS

Pepita vino a nacer al Palmar el año 1941. Llegó cuando el hambre ya había sembrado la tierra de miseria. Tiene los ojos de un color verde indefinido, bonitos, profundos... joviales. Sonríe con elegancia y simpatía, intentando averiguar cómo empezar a contarme a mí, una completa desconocida, sus vivencias. Empieza directa, nerviosa. Pero despacio me deja adentrarme, a través de aquellos ojos, hacia las profundidades de su alma. Una alma rica, dulce, plena... y joven.

Tenía trece años cuando, después de haber vivido desde los dos en la Línea de la Concepción, Cádiz, volvieron en Valencia. La guerra los había hecho marchar, y ahora los hacía volver. Ya se sabe, las guerras manejan los destinos de las personas como si fueran capitanes de barcos fantasmas. No pasaron hambre, gracias a las tierras que tenían, pero el trabajo no era necesario. Su madre la envió a casa de una conocida para que aprendiera a coser. He oído decir que cosiendo se ordenan los pensamientos. Pepita tenía entonces 13 años. Consuelo, el ama de la casa donde iba a coser, contaba entonces con 20 primaveras. Nos podemos figurar la intimidad que se creaba allí dentro, donde cuatro jóvenes tejían su futuro, lleno de incertidumbre, en un tiempo en el que nadie podía pensar en nada más que no fuera el ahora.

Desde el primer día las tres chicas con las que trabajaba Pepita encontraron la ocasión para reirse simpáticamente del acento andaluz que la chica tenía, después de haber vivido siempre en Andalucía. Las tres compañeras la querían y la trataban como una hermana: “Pepi, ¿tú quieres un poco de zarza?”, le decían. Y la chiquilla, con sus trece años y la gracia andaluza, respondía : “ponme un poquillo, anda”. Durante un tiempo la broma se repetía una y otra vez hasta que un día se fue a hablar con la abuela. Sí, las abuelas, las mujeres más sabias que hay sobre la faz de la tierra. Su abuela, de Cullera, hablaba el valenciano claro y fresco que se habla en los pueblos. “Abuela, quiero que me enseñes”, dicho y hecho, en menos de un año Pepita hablaba un valenciano preciso y claro. “Pepi, ¿quieres zarza?”, le preguntaron las chicas otro día. “Posa’m un gotet xicotet, que avui no m’apetix massa”. Contestó en perfecto valenciano. Ya se pueden imaginar las caras que pondrían las compañeras de la Pepita. Este es uno de los triunfos que conseguiría la chiquilla de trece años a lo largo de su vida.

Con 21 años se casó; marchó a vivir fuera de la Font Santa. La vida la separó así de sus compañeras, sobre todo de Consuelo. Pepita debía ser esposa por encima de todo; así, se dedicó por completo a cuidar de sus hijos, como debía hacer una mujer decente... Y, ¿qué fue de la chica que aprendió valenciano en menos de un año? ¿Qué fue de la muchacha que quería sorprender? ¿Qué fue de la niña que quería aprender? Se quedó dormida, dentro de la Pepa madre, de la Pepa esposa. Era como un príncipe que tiene en frente a la Bella Durmiente y retrasa cada vez más y más el beso que la despertará.

Sólo las mujeres podemos llegar a comprender, aunque no lo hayamos sufrido, como es sacrificar tu persona por los otros. Y estos “otros” son un infinito listado de personas y más personas, con un largo etcétera al final. Y sólo tras el infinito, en un rincón escondida, está tu persona, postergada, apartada. Esperando. Siempre esperando. Y Pepita fue una de esas personas que se pusieron a la cola de todo y todos. Primero eran sus hijos, su marido. Los encuentros casuales con Consuelo existían, pero nada más. Aparte de esto, simplemente miradas, sonrisas y saludes por las calles.

Aun así, fue Consuelo quien la acompañó por primera vez al cine, cuando Pepita tenía 46 años: es su amiga de trabajo, la chica que se burlaba de ella cuando tenía 13 años y contestaba con aquel gracioso acento andaluz. Fue aquella joven de 20 años que cosía con ella, la que la hizo revivir después de años de sacrificio. Cuarenta y seis años y el cine; una nueva experiencia vivida de la mano de Consuelo que, sin saberlo, ya la había impulsado más de veinte años atrás a aprender valenciano. Los reencuentros de esta pareja de amigas no



suceden de una manera constante; a los 65 años de nuevo. Pepita se apunta a clases para adultos junto con dos amigas, y unos buenos días, estas dos compañeras la convencen para que se apunte al centro de jubilados de la Fonsanta. Consuelo es la presidenta. ¿Casualidad? Personalmente no creo en las casualidades...

De nuevo un reencuentro, al final de una larga etapa, las dos amigas de nuevo juntas. Un golpe dentro del centro, Consuelo y Pepita estrechan sus lazos de amistad: Pepita se convierte en una prioridad para Consuelo que la anima a hacer todo lo que hasta ahora no había hecho. Gracias a Consuelo, Pepita descubre que tiene tensión en los ojos. Gracias a Consuelo, Pepita puede subir por primera vez a un avión y viajar a Tenerife. Gracias a Consuelo, Pepita vuelve a vivir. Quién ha dicho que la vejez tiene una edad? Sesenta y cinco años son pocos todavía y la vida no espera. Quién ha dicho que llega un momento en que hay cosas que no podemos hacer? Debemos dejarnos llenar por lo que nuestro cuerpo nos dice; los límites nos los ponemos nosotros. Sólo nosotros. Consuelo le hizo ver esto a Pepita; le hizo ver que la vida no se acaba cuando te casas, ni cuando tienes hijos, ni cuando cumples 65 años. Pepita siempre ha podido contar con Consuelo; pese a que la vida las separara, siempre las ha vuelto a unir. Como si estuvieran conectadas por un hilo invisible que une sus almas, por siempre jamás. Es aquello de lo que todo el mundo habla, aquello tan conocido, aquello que llamamos amistad.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Esta pregunta no nos la pueden responder ni científicos, ni filósofos, ni metafísicos, ni sabios, ni profetas, ni psicólogos, ni iluminats... Sólo nos la podemos responder nosotros mismos. ¿Qué sentido tiene la vida? La vida es aprender; aprender constantemente y adelantar. Crecer, hacerse grande y contemplar todo aquello que has aprendido, todo aquello que la vida te ha aportado, todos los lugares a los que te ha llevado. Y la gente con la que has compartido el trayecto. Sobre todo aquella gente que has tenido la suerte de conocer, aquella gente que tanto te ha ayudado, que tanto te ha enseñado, a veces sin saberlo.

Pero que no es esto la vida? La vida es un camino y Pepita lo tiene bien claro: ¿qué sería del recorrido sin los acompañantes que nos encontramos por el camino? Puede sonar como un estúpido párrafo de algún libro de autoayuda, lo sé. Pero que se lo pregunten a Pepita. Que se lo pregunten y que observen sus ojos de adolescente, que observen su sonrisa y, sobre todo, que observen las marcas que le ha hecho la vida. Porque para ella, su amiga ha sido su hada madrina. Su gratitud no cabrá nunca ni en todos los océanos del planeta. Su sonrisa cuando piensa en Consuelo es tan ancha como el Universo, y sus ojos brillarán con la fuerza con que lo hacen las estrellas.

La complicidad que existe entre las dos no se podrá explicar nunca con palabras. Podemos definirla utilizando recursos poéticos, literarios, etc. Pero nos quedaremos cortos. Porque se trata de una unión que va más allá de la sangre, más allá de las relaciones de pareja, más allá de los sexos, más allá de la distancia, más allá del tiempo y sobre todo, más allá, mucho más allá de las palabras.